Año XXI. | PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS, | Num. 20.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

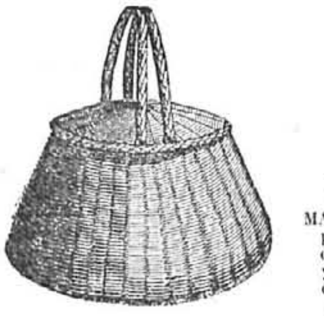
CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,
BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.
Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
La remision se hace por correos el mismo dia en que se publica.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
DIRECTORES PROPIETARIOS: **Sres. De Cárlos y C.ª**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
La remesa se hace por vapores en el mismo dia de la publicacion.

Sumario.—Canastillo de labor.—Dibujo de tapicería para saco.—Franja de crochet.—Cojin para los piés.—Fichú de lana labrado á punto de aguja—Labor de punto de aguja para velo de lana etc.—Encaje de lana á punto de aguja.—Aplicacion de encajes.—Corbata con aplicacion de encaje.—El Guarda-candela.—Explicacion del grabado de modas.—El Noble en la miseria.—Rosa Deroy. Las corridas de toros.—Explicacion del figurin.— El salto del caballo.—Solucion del geroglífico anterior.—



N.º 2. — CANASTILLO SIN CUBRIR.

Canastillo de labor.

MATERIALES.—Paño encarnado y paño blanco; torzal de seda encarnado, verde, amarillo, negro y blanco; cinta encarnada de 2 centímetros de ancho.

El dibujo n.º 1 representa el canastillo terminado;—el n.º 2 (de tamaño reducido) lo representa antes, de estar *vestido*;—el n.º 3 es el dibujo con que se bordan los volantes.

Este dibujo se borda con negro, amarillo de oro y blanco sobre fondo encarnado;—con encarnado, verde y negro sobre fondo blanco. El ancho de los volantes disminuye un poco hácia la parte de arriba del canastillo; el volante de abajo tiene 4 centímetros de ancho, el 4.º volante solo tiene 3; el primero de la tapa tiene 3, el 4.º de la misma tapa tiene 2 y medio; el canastillo tiene 77 centímetros de circunferencia por abajo; 63 de circunferencia por arriba; y de alto 15 y medio hasta la tapa; los volantes están recortados con el sacabocados, son muy poco fruncidos, y alternativamente uno blanco y uno encarnado. La costura del último volante está oculta por una tira de cinta encarnada, ó, si se quiere, por una trenza de lana; se pone una roseta de cinta en medio de la tapa, y por consiguiente en medio del último volante. Las asas se adornan con trenza de lana encarnada, sujeta de trecho en trecho por un punto.

Se puede remplazar el torzal de seda con lana fina.

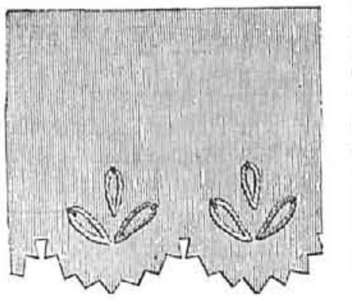
Dibujo de tapicería para saco.

Este dibujo, reproducido en canevas del n.º 5, formará un saco de ciudad, por el estilo de los que las señoras usan para sus labores ó para algunas compras. Ejecutado en canevas mas grueso, servirá para hacer un saco de viage. En el primer caso se le pondrá una boquilla de acero, en el segundo una cerradura.

N.º 1.—CANASTILLO CONCLUIDO.

Franja de crochet.

Si se destina esta labor para guarnecer un fichú, una pelerina, etc., y se la ejecuta en seda, se emplearán anillos de alambre. Si para cortinas, velos de butaca, etc., y se le hace con algodon blanco; se empleará, en vez de alambre, pedazos de presilla de algodon. Tomamos por base de nuestras explicaciones la primera combinacion,—franja de seda.



N.º 3.—LAMBREQUIN PARA EL CANASTILLO.

La labor debe hacerse lo mas apretada posible, y 23 ó 24 puntos en el aire han de tener solo 3 centímetros de largo.

1.ª *vuelta*. —Se hacen 11 puntos en el aire,—se forra uno de los anillos,—ó, si se hace la franja con algodon, uno de los pedazos de presilla, cuyos dos extremos se han cosido para formar un anillo; — se forra, decimos, uno de estos anillos con puntos sencillos muy apretados; cuando se ha vuelto al punto de partida, esto es, cuando el anillo se ha cubierto del todo, se liga el último punto sencillo al último punto en el aire, despues se hacen 22 puntos en el aire que sirven como para señalar la union entre cada anillo; se reunen así todos los anillos, cubriéndolos con puntos sencillos, y separándolos por medio de 22 puntos en el aire, hasta que se tenga la cantidad de franja necesaria para el uso á que se la quiere destinar.

2.ª *vuelta*.—En cada uno de los 3 primeros puntos en el aire (los 11 puntos en el aire del principio),— se hace un punto sencillo,—* 5 puntos en el aire,—10 bridas, entre las cuales se hacen siempre 2 puntos en el aire;— estas bridas se colocan sobre la curva inferior del primer anillo: el

© Biblioteca Nacional de España

dibujo indica el espacio que deben cubrir; despues de las 10 bridas, se hacen 5 puntos en el aire, —luego 6 puntos sencillos en el medio de los 22 puntos en el aire; vuélvase á principiar desde *.

3.ª *vuelta.*—Un punto sencillo en el 1.er punto sencillo de la vuelta anterior,—* 4 puntos en el aire;—en cada una de las 10 bridas un punto sencillo, y entre cada punto sencillo 4 puntos en el aire, de modo que se forman 9 festones pequeños; 4 puntos en el aire, 2 puntos sencillos en los 2 del medio de los 6 sencillos de la vuelta anterior.

4.ª *vuelta.*—* En el punto del medio de cada uno de los pequeños festones, se hace un punto sencillo; —entre cada punto sencillo 5 puntos en el aire, de modo que formen otros 8 pequeños festones,—un punto en el aire,—vuélvase á empezar desde *. El borde superior se compone de 2 vueltas.

1.ª *vuelta del borde superior.*—En cada 3.º de los

dazo de carton; la parte de encima se compone de una redondela de 63 centímetros, fruncida al rededor, y cosida al fondo despues de haberse rellenado con crin, lana ó crin vegetal. Se cubre este cogin con felpa ó damasco, de color que corresponda al mueblage, y se colocan en él seis tiras bordadas, cada una de 30 á 32 centímetros de largo; estas tiras se cosen en medio del cojin, y se sujetan á trechos iguales sobre la tela de encima; la tela se frunce al rededor despues que se han asegurado las tiras bordadas, que han de ponerse á plano; esta costura se cubre con una gruesa cartulina de lana. Se coloca un boton grande en el centro de arriba del cogin, y en él una asa, hecha con un cordon grueso de cartulina.

Menguado: dos puntos que se han hecho juntos, sea al derecho ó al revés, si se hace una vuelta al revés.

3 *puntos juntos*: el primero de estos puntos se *saca* con el tercero detrás del punto de en medio; este se saca en seguida de delante atrás, de modo que se halle encima de los 2 puntos entre los cuales se coloca: si se hace una vuelta al revés, se hacen juntos al revés el primero y el tercero de los puntos, y se saca el del medio por encima de estos 2 puntos de atrás adelante.

Echado: la hebra *echada* sobre la aguja se cuenta por un punto en la vuelta siguiente:

El fondo se hace de ida y vuelta; se arman 165 puntos con lana blanca.

1.ª *vuelta.*—Al revés.

2.ª *vuelta.*—Al derecho; un punto *sacado* (por consiguiente 2 puntos, el uno *levantado* y el otro he-

SACO DE TAPICERIA.

Explicacion de los signos.—■ Negro. ◘ Verde inglés oscuro. ▦ El mismo verde mas claro (seda). ▪ Violeta oscuro. ≡ Violeta mas claro (seda). ▣ Punzó (seda). □ Granate claro. ⌐ Blanco (seda). ¹ Amarillo (seda.

puntos en el aire se hace una brida; estas bridas están siempre separadas por 2 puntos en el aire.

2.ª *vuelta.*—Se hacen alternativamente en una de las bridas de la vuelta anterior, un punto sencillo; —en la brida siguiente 6 á 7 bridas.

En el borde inferior de la franja, esto es, en los festones, se anudan borlas compuestas cada una de 3 hebras que tengan 20 centímetros de largo; como se las dobla por el medio, y se las anuda por su mitad, cada borla se compone de 6 hebras, cada una de 9 centímetros poco mas ó menos de largo.

Cojin para los pies.

MATERIALES.—Felpa granate, canevas n.º 5; lanas y sedas de los colores indicados en el dibujo.

Este cojin redondo descansa sobre un fondo de 24 centímetros de diámetro, extendido sobre un pe-

Fichú de lana labrado á punto de aguja.

MATERIALES.—16 gramos de lana inglesa blanca; otro tanto de la misma lana negra; agujas gruesas de acero.

Este fichú puede servir para toda estacion: es abrigado, aunque muy ligero, y conviene para las tardes que se pasan al aire libre, ya cubra el cuello ó ya la cabeza; el dibujo n.º 1 lo representa concluido, doblado, pero no del tamaño natural; el dibujo n.º 2 representa una parte del fondo y del encage de lana negro de tamaño natural.

Antes de la descripcion de esta labor, entrarémos en algunos pormenores relativos á los términos que vamos á emplear.

Un punto sacado: se levanta un punto sin hacerlo, se hace el siguiente, se *saca* por cima de éste el punto que no se ha hecho; si el punto sacado se presenta en el curso de una vuelta labrada al revés, el primer punto se hace al revés, el siguiente se saca sobre este de atrás adelante.

cho; el 1.º *sacado* sobre éste), * un punto echado,— un punto,—un *echado*,—menguado,—un punto,—un punto sacado; vuélvase á empezar desde *; las vueltas deben terminarse siempre como se han empezado, de modo que formen un bordecito plano.

3.ª *vuelta.*—Al revés;—un punto,—menguado,— * 1 echado,—3 puntos,—1 echado,—3 puntos juntos; vuélvase á empezar desde *.

4.ª *vuelta.*—Al derecho; 2 puntos,—* 1 echado, —menguado,—1 punto,—1 punto *sacado*,—1 echado,—1 punto; vuélvase á comenzar desde *.

5.ª *vuelta.*—Como la anterior, pero al revés.

6.ª *vuelta.*—Al derecho; 3 puntos,—* 1 echado,— 3 puntos juntos,—1 echado,—3 puntos: vuélvase á comenzar desde *.

7.ª *vuelta.*—Al revés y lisa.

8.ª *vuelta.*—Al derecho; 2 puntos:—* 1 echado, —menguado,—1 punto,—1 punto sacado,—1 echado,—1 punto; repítase desde *.

9.ª *vuelta.* —Al revés, 3 puntos;—1 echado, —3

© Biblioteca Nacional de España

puntos juntos,—1 echado,—3 puntos; vuélvase á *.

10.ª *vuelta*.—Al derecho; 2 puntos,—1 punto sacado,—* 1 echado,—1 punto,—menguado,—1 punto,—1 sacado; vuélvase á empezar desde *.

11.ª *vuelta*.—Como la anterior, pero al revés.

12.ª *vuelta*.—Al derecho, 1 punto,—1 punto sacado;—* 1 echado,—3 puntos juntos.

Se vuelve á empezar desde la 1.ª vuelta hasta que el fondo se haya cuadrado; la labor, concluida que sea, se humedece, despues se la coloca sobre un pedazo de tela, estirándola por igual en todos sentidos y sujetándola con alfileres; se la desclava 24 horas despues; solo entonces es cuando el dibujo aparece con regularidad.

El encage se hace, no al través, sino á lo largo; se puede hacerlo de un trozo solo, ó bien en 4 partes que se reunen en las 4 esquinas del fichú; en este último caso se puede labrar el encage con dos solas agujas, lo que parece mas cómodo;—en el primer caso hay la ventaja de trabajar siempre al derecho; el encage tiene, como el fondo, derecho y revés; si se hace este en cuatro partes, se armarán 218 puntos para cada lado, y se terminan los cabos en punta.

Para hacer el encage de una sola pieza, se arman 840 puntos en tres ó cuatro agujas.

1.ª *vuelta*.—Al derecho y lisa.

2.ª *vuelta*.—(Todas las vueltas son al derecho);—*1 punto,—1 echado,—menguado,—7 puntos,—1 punto sacado,—1 echado; vuélvase á comenzar desde *.

No volverémos á usar de esta última fórmula; se comprende que se repiten las indicaciones hasta el fin de la vuelta.

3.ª *vuelta*.—2 puntos,—1 echado,—menguado,—5 puntos,—1 punto sacado,—1 echado,—1 punto.

4.ª *vuelta*.—3 puntos,—1 echado,—menguado,—3 puntos,—1 punto sacado,—1 echado,—2 puntos.

5.ª *vuelta*.—4 puntos,—1 echado,—menguado,—1 punto,—1 punto sacado,—1 echado,—3 puntos.

6.ª *vuelta*.—1 punto,—1 echado,—menguado,—2 puntos,—1 echado,—3 puntos juntos,—1 echado,—2 puntos,—1 punto sacado,—1 echado.

7.ª *vuelta*.—2 puntos,—1 echado,—menguado,—5 puntos,—1 punto sacado,—1 echado,—1 punto.

8.ª *vuelta*.—3 puntos,—1 echado, menguado,—3 puntos,—1 punto sacado,—1 echado,—2 puntos.

9.ª *vuelta*.—4 puntos,—1 echado,—menguado,—1 punto,—1 punto sacado,—1 echado,—1 punto.

10.ª *vuelta*.—1 punto,—1 echado,—menguado,—2 puntos,—1 echado,—3 puntos juntos,—uno echado,—2 puntos, 1 punto sacado,—1 echado.

11.ª *vuelta*.—2 puntos,—1 echado,—menguado,—5 puntos,—1 punto sacado,—1 echado,—1 punto.

12.ª *vuelta*.—3 puntos,—1 echado,—menguado,—3 puntos,—1 punto sacado,—1 echado,—2 puntos.

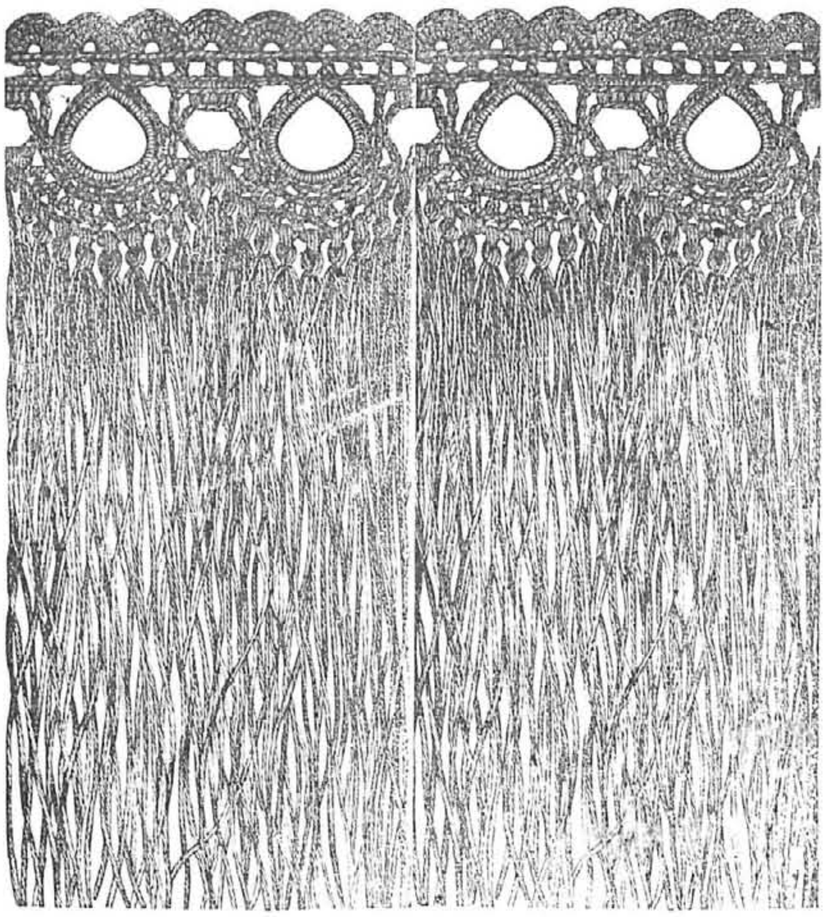
13.ª *vuelta*.—1 echado,—1 punto sacado;—2 puntos,—1 echado,—menguado,—1 punto,—1 punto sacado,—1 echado,—3 puntos.

14.ª *vuelta*.—5 puntos,—1 echado,—3 puntos juntos,—1 echado,—4 puntos.

15.ª *vuelta*.—1 punto sacado,—1 echado,—3 puntos,—1 echado,—3 puntos juntos (son los 2 echados y el punto que se halla entre ellos),—1 echado,—2 puntos,—1 punto sacado,—1 echado.

16.ª *vuelta*.—5 puntos,—1 echado,—3 puntos juntos, (como en la vuelta anterior);—1 echado,—4 puntos.

17.ª *vuelta*.—(Para colocar los puntos en su verdadera situacion, es menester contar el *último* punto de la vuelta que precede como *primero* de la vuelta actual).—1 punto sacado,—1 echado,—2 puntos,—1 punto sacado,—1 echado,—1 punto sacado,—1 echado,—3 puntos,—1 echado,—menguado—1 punto.



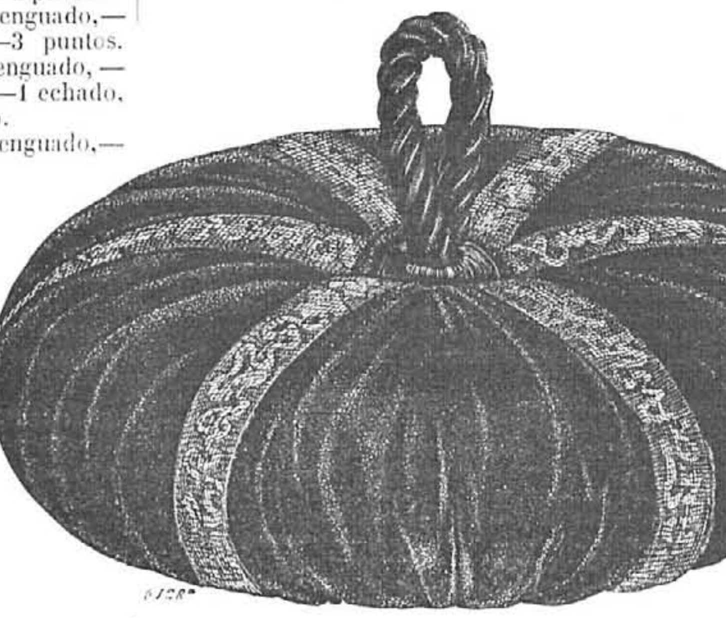
FRANJA DE CROCHET.

18.ª *vuelta*.—2 puntos (el primero es el echado de la vuelta anterior),—1 punto sacado,—1 echado,—5 puntos,—1 echado,—menguado,—un punto.

19.ª *vuelta*.—1 punto,—1 punto sacado,—7 puntos,—menguado.

20.ª *vuelta*.—3 puntos juntos (contando en estos el último de la vuelta anterior),—1 echado,—9 puntos,—1 echado.

21.ª *vuelta*.—2 puntos (de los cuales el primero



COJIN PARA LOS PIES.

hace parte de los 3 puntos juntos de la vuelta anterior)—1 echado,—menguado,—5 puntos,—1 punto sacado,—1 echado,—1 punto.

22.ª *vuelta*.—3 puntos,—1 echado,—menguado, 3 puntos,—1 punto sacado,—1 echado,—2 puntos.

23.ª *vuelta*.—1 punto sacado (contando el último de la vuelta anterior),—1 echado,—3 puntos,—1 echado,—menguado,—1 punto,—1 punto sacado,—1 echado,—2 puntos.

24.ª *vuelta*.—1 punto sacado (contando el último de la vuelta anterior),—1 echado,—1 punto sacado,—1 echado,—3 puntos,—1 echado,—3 puntos juntos,—1 echado,—2 puntos.

25.ª *vuelta*.—1 punto sacado (el 1.º de estos puntos es el echado de la vuelta anterior),—1 echado,—2 puntos,—1 punto sacado,—1 echado,—3 puntos,—1 echado,—menguado,—un punto.

26.ª *vuelta*.—3 puntos (el 1.º es el que ha sido formado de 2 en la vuelta anterior)—1 punto sacado,—1 echado,—5 puntos,—1 echado,—menguado.

27.ª *vuelta*.—Menguado (contando el último punto de la vuelta anterior),—1 punto,—un punto sacado,—1 echado,—7 puntos,—1 echado.

28.ª *vuelta*.—3 puntos juntos,—1 echado,—9 puntos.

29.ª y 30.ª *vueltas*.—Lisas y al derecho.

31.ª *vueltas*.—* 1 echado,—1 punto sacado; vuélvase á comenzar desde *.

32.ª *vuelta*.—Lisa y al derecho.

En la vuelta 33.ª se va desarmando la aguja; esta vuelta debe hacerse lo menos apretado que sea posible.

Se humedece el encage, se le hace secar, extendido y sujeto con alfileres, despues se le cose al rededor del fondo, frunciéndolo un poco en las esquinas.

Labor de punto de aguja para velo de lana, etc.

Si se ejecuta esta labor con lana inglesa negra, podrá servir, entre otras cosas, para fondo de un fichú; hecho con algodon, compondrá cortinas de vidrieras, velos de butaca, etc.

Se emplean agujas de acero de mediano grueso, y se trabaja de ida y vuelta. Nuestra descripcion lleva por base 17 puntos que se suponen armados. Ya se comprende que este número puede aumentarse segun se quiera.

1.ª *vuelta*.—1 punto al derecho,—menguado (esto es, 2 puntos labrados juntos al derecho),—1 punto al derecho,—1 echado,—1 punto sacado,—1 punto al derecho,—menguado,—comiéncese de nuevo una vez desde *; en seguida, 1 echado,—2 puntos al derecho.

2.ª *vuelta*.—3 puntos al revés (el echado de la vuelta anterior se cuenta siempre por un punto);—* 1 echado,—3 puntos labrados juntos al revés (el del medio es el punto que se halla entre los dos menguados de la vuelta anterior);—1 echado,—3 puntos al revés;—repítase una vez desde *;—en seguida, 1 echado,—2 puntos al revés labrados juntos.

3.ª *vuelta*.—1 punto al derecho,—* 1 echado,—1 punto sacado,—1 punto al derecho,—menguado,—1 echado,—1 punto al derecho; vuélvase á empezar desde *; en seguida, 1 echado,—1 punto sacado,—2 puntos al derecho.

4.ª *vuelta*.—Como la 2.ª, comenzando desde *. Se repiten siempre estas 4 vueltas.

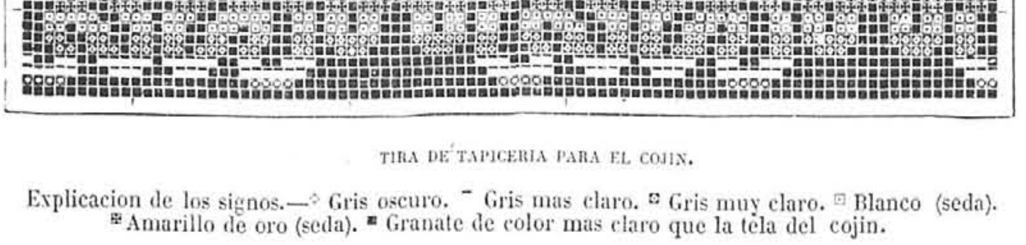
Si se quiere hacer un velo redondeado, se labrará este dibujo con arreglo á un patron: se arman los puntos en el borde de arriba del velo (el que es siempre recto) y se mengua en cada vuelta siguiendo las proporciones del patron, sobre el cual se irá sucesivamente colocando la labor que se haga, extendiéndola lo mas posible.

Terminada la obra, se extenderá sobre un pedazo de tela, se sujetará con alfileres, y se humedecerá, quitándola cuando esté bien seca. El encage que vamos á describir servirá para guarnecer el velo.

Cuando la labor se haga con algodon torcido, se hará uso de agujas fuertes de madera.

Encage de lana á punto de aguja.

Este encage se labra atravesado y con agujas de acero muy



TIRA DE TAPICERIA PARA EL COJIN.

Explicacion de los signos.—◇ Gris oscuro. ‾ Gris mas claro. ⊡ Gris muy claro. ⊡ Blanco (seda). ⊞ Amarillo de oro (seda). ■ Granate de color mas claro que la tela del cojin.

© Biblioteca Nacional de España

finas. Aquí haremos algunas indicaciones, para no tener que repetirlas luego: 1.ª El primer punto de cada vuelta se levanta sin hacerlo, y se cuenta en la explicacion como un punto labrado. 2.ª Cada *echado* será doble; esto es, que se echará dos veces la hebra sobre la aguja; pero aunque doble, se tomará como uno solo, á fin de que los *ojos* del encage sean mayores.

Para hacer este se arman 15 puntos.

1.ª *vuelta.*—3 puntos al derecho,—1 echado, 1 punto sacado, — 1 echado,— menguado,—8 puntos al derecho.

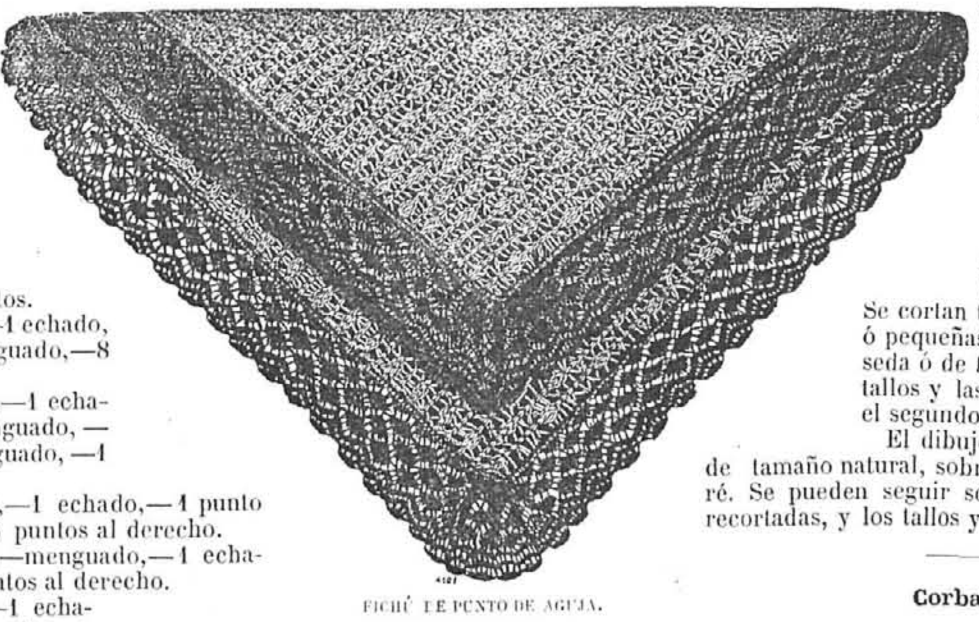
2.ª *vuelta.*—3 puntos al derecho,—1 echado,—menguado,—1 echado, —menguado, —otro menguado,—1 echado,—menguado, —1 echado,—4 puntos al derecho.

3.ª *vuelta.* —5 puntos al derecho,—1 echado,—1 punto sacado,—1 echado,—menguado,—6 puntos al derecho.

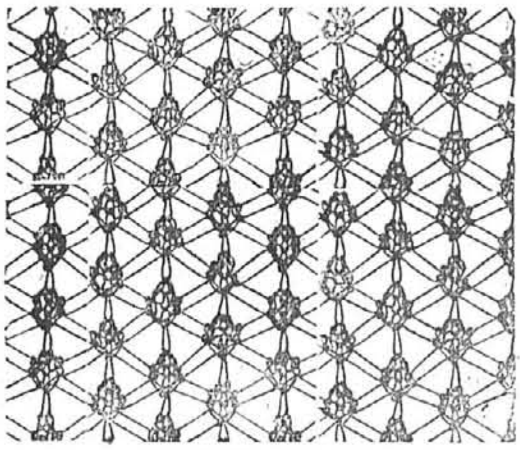
4.ª *vuelta.*—5 puntos al derecho,—menguado,—1 echado,—menguado.—1 echado,—6 puntos al derecho.

5.ª *vuelta.*—2 puntos al derecho,—1 echado,—menguado,—1 echado,—menguado,—1 punto al derecho,—1 echado,—1 punto sacado,—1 echado,—menguado,—4 puntos al derecho.

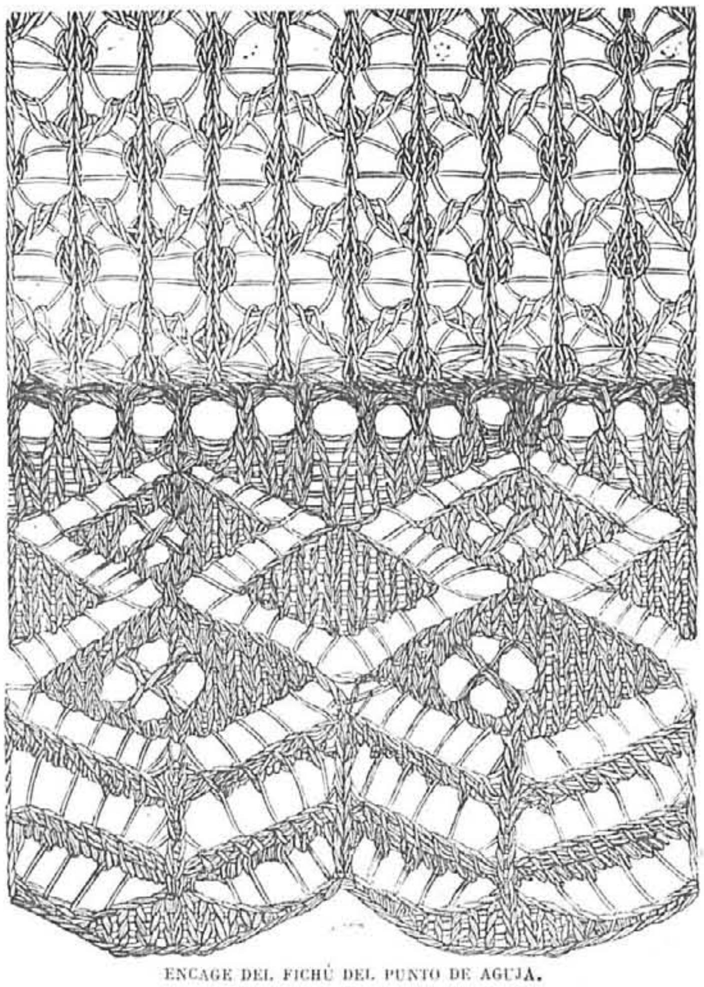
6.ª *vuelta.*—3 puntos al derecho,—menguado,—1 echado,—menguado,—1 echado, —8 puntos al derecho.



FICHÚ DE PUNTO DE AGUJA.



PUNTO DE LANA PARA VELO.



ENCAGE DEL FICHÚ DEL PUNTO DE AGUJA.

7.ª *vuelta.*—2 puntos al derecho,—menguado,—1 echado,—menguado,—1 echado, —3 puntos al derecho,—1 echado,—1 punto sacado,—1 echado,— menguado,— 2 puntos al derecho.

8.ª *vuelta.*—4 puntos al derecho,—1 echado,—menguado,—1 echado, —menguado,—7 puntos al derecho.

9.ª *vuelta.* —2 puntos al derecho, —1 echado,—menguado,—1 echado,—menguado,—otro menguado,—1 echado,--menguado,—1 echado, —5 puntos al derecho.

10.ª *vuelta.* —6 puntos al derecho, —1 echado, —1 punto sacado, — 1 echado, —menguado, — 5 puntos al derecho.

11.ª *vuelta.*— 4 puntos al derecho,—menguado, —1 echado,— menguado, —1 echado,—7 puntos al derecho.

12.ª *vuelta.*—3 puntos al derecho,—1 echado, —menguado, —1 echado,—menguado,—1 echado,—1 punto sacado,— 1 echado, —menguado,—3 puntos al derecho.

13.ª *vuelta.*—2 puntos al derecho,—menguado,—1 echado,—menguado,—1 echado,—9 puntos al derecho.

14.ª *vuelta.*—3 puntos al derecho,—menguado,—1 echado,—menguado,—1 echado,—3 puntos al derecho,—1 echado,—1 punto sacado,—1 echado,—menguado,—1 punto al derecho.

Se repiten sin cesar estas 14 vueltas, hasta que se tenga la cantidad de encage necesaria para el uso á que se destina; si se hace con lana inglesa, es menester estenderlo, humedecerlo y secarlo, como arriba se ha dicho.

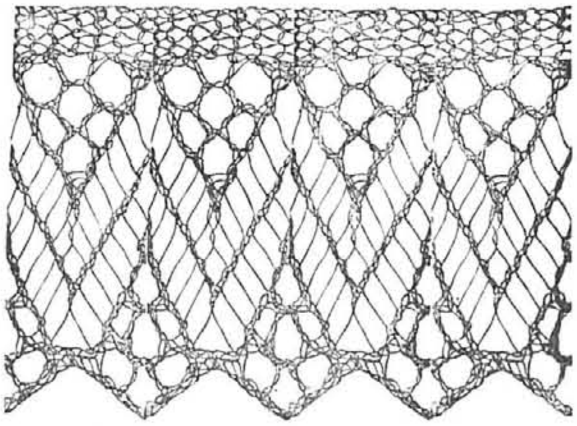
Aplicacion de encages.

Esta labor se hace con todos los retazos de encage, de blonda ó de tul bordado que se han usado ya. Se cortan todas las flores y las hojas, grandes ó pequeñas, y se las aplica sobre un fondo de seda ó de tul, *haciendo en el primer caso* los tallos y las venas con cuentas de acero, y en el segundo se bordan al pasado con seda.

El dibujo n.º 1 representa esta aplicacion de tamaño natural, sobre un fondo de tafetan ó de muaré. Se pueden seguir sobre este dibujo, las hojas, flores recortadas, y los tallos y venas, hechas con seda ó cuentas.

Corbata con aplicacion de encage.

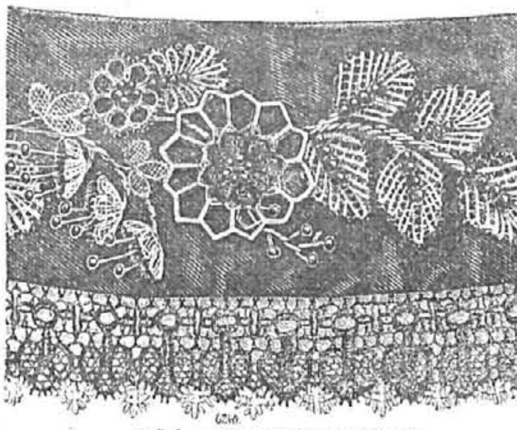
El dibujo n.º 2 representa una pequeña corbata (en tamaño reducido) enteramente adornada con este sistema de aplicacion, cuya disposicion servirá de guia para labores análogas; el modelo de ella es de paño de seda color malva, la aplicacion es con encage negro y encage blanco. Se cosen estos pedazos sobre la tela; el me-



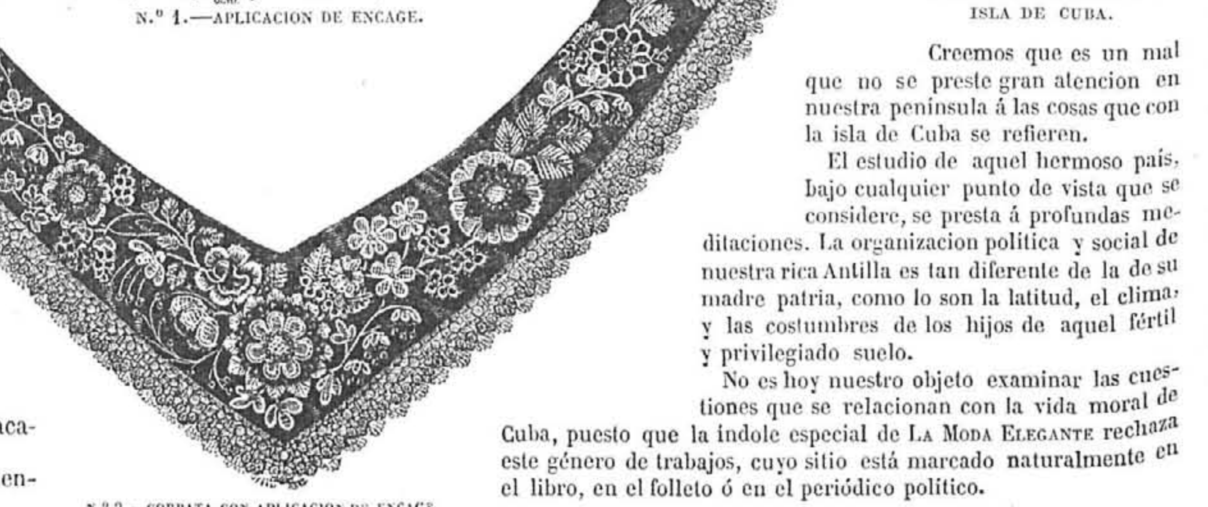
ENCAGE DE LANA A PUNTO DE AGUJA.

dio de las grandes rosetas se hace con una ó dos filas de blonda muy estrecha, en el centro de las cuales se colocan algunas cuentas de acero, ó mejor aun, de azabache; se frunce ligeramente un encage blanco muy estrecho, que se dispone en festones al rededor; las campanillitas se hacen con flores recortadas en encage, replegadas sobre sí mismas, y sujetas al fondo con algunas cuentas.

Del mismo modo se pueden adornar los cabos de un cinturon, y otros usos que desde luego se comprenden.



N.º 1.—APLICACION DE ENCAGE.



N.º 2.—CORBATA CON APLICACION DE ENCAGE.

EL GUARDA-CANDELA.

ESCENAS CAMPESTRES DE LA ISLA DE CUBA.

Creemos que es un mal que no se preste gran atencion en nuestra península á las cosas que con la isla de Cuba se refieren.

El estudio de aquel hermoso país, bajo cualquier punto de vista que se considere, se presta á profundas meditaciones. La organizacion política y social de nuestra rica Antilla es tan diferente de la de su madre patria, como lo son la latitud, el clima, y las costumbres de los hijos de aquel fértil y privilegiado suelo.

No es hoy nuestro objeto examinar las cuestiones que se relacionan con la vida moral de Cuba, puesto que la índole especial de LA MODA ELEGANTE rechaza este género de trabajos, cuyo sitio está marcado naturalmente en el libro, en el folleto ó en el periódico político.

© Biblioteca Nacional de España

Nos proponemos solo reseñar á grandes rasgos alguno que otro episodio de la vida de los campos de Cuba, que no obstante servirá para demostrar los vicios allí desarrollados y la necesidad de ponerles coto con mano fuerte y enérgica.

Es una verdad innegable que la isla de Cuba está muy despoblada con relacion á la extension de su territorio.

Tiene 118.833 kilómetros cuadrados y una poblacion de 1.180,013 habitantes, de los cuales 622.497 son blancos, 189.848 libres de color y 367.368 esclavos, comprendiéndose entre los blancos, segun el censo últimamente publicado, sobre 18.000 colonos asiáticos y algunos centenares de indios de Yucatan.

Por efecto de tan grande poblacion y de la naturaleza especial de su primer elemento de riqueza, cual es el cultivo y la esplotacion de la caña de azúcar, los habitantes de los campos se hallan muy diseminados y los ingenios, vegas, sitios y demás fincas de la perla de las Antillas, están á merced de los vagos que por desgracia abundan mucho allí.

Los delitos que con mas frecuencia cometen estas gentes de mal vivir, son los incendios de los cañaverales y los *plagios* ó robos de esclavos y caballerías.

Para evitar tales excesos se han dictado varias disposiciones, encaminadas á la persecucion y castigo de los vagos, y otras preventivas, como la creacion de la guardia rural y el establecimiento de los somatenes, con el objeto de atemorizar á aquellos criminales é impedir la perpetracion de dichos delitos.

Por desgracia, todas estas medidas serán estériles, porque el mal reconoce otra causa que solo el tiempo, combinado con los esfuerzos de la administracion podrá hacer desaparecer. Esta causa no es otra que el abandono en que se haya la instruccion de los habitantes de los campos de Cuba, lo cual, unido á ciertos hábitos de indolencia, hijos de la laxitud que produce aquel clima, y á la aficion á los juegos de azar, entre los cuales figura en primer término el de las peleas de gallos, constituye el foco principal de cuantos delitos y faltas se cometen por la gente ociosa.

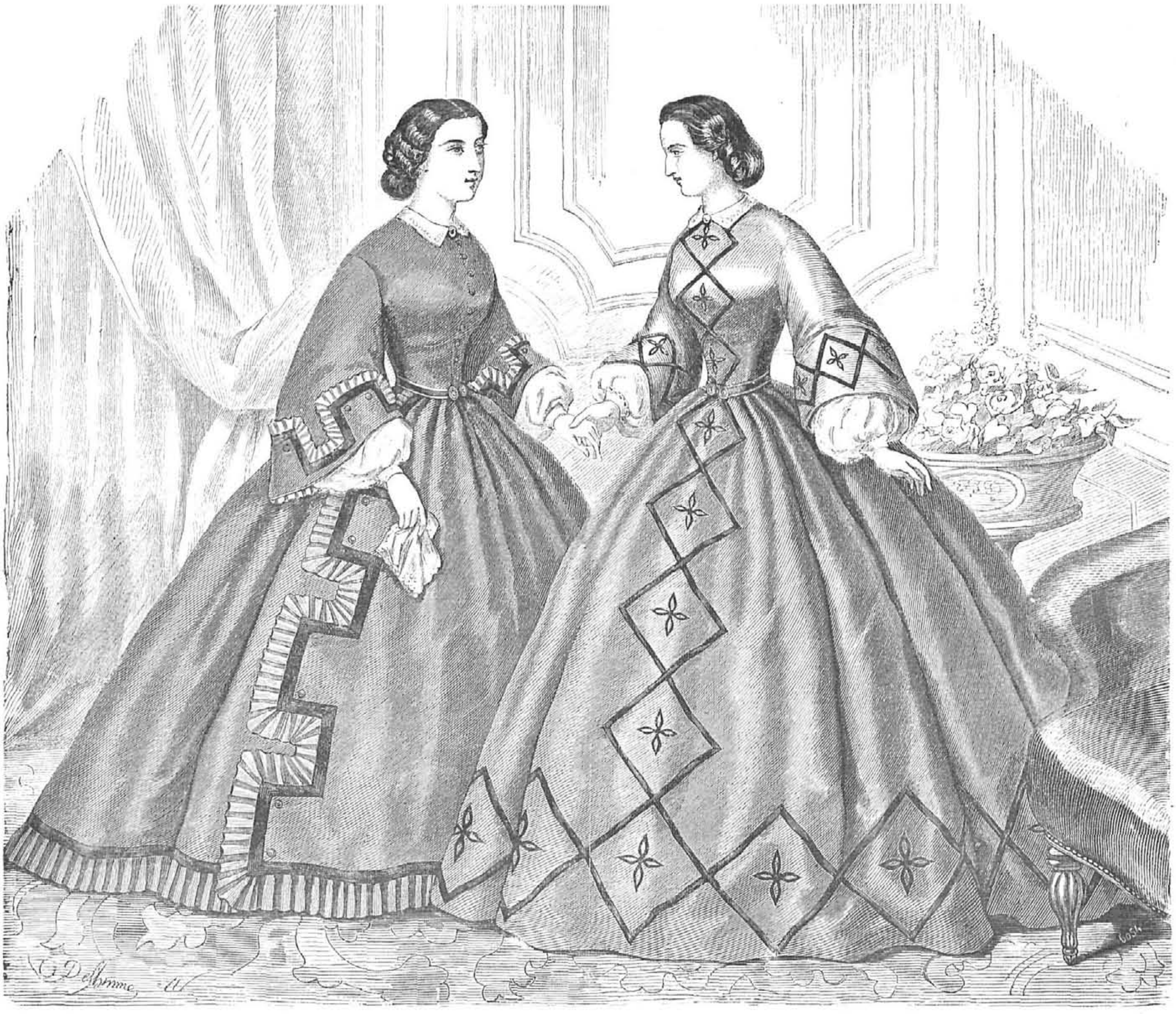
Todo cuanto llevamos dicho, se refiere á los blancos de malos instintos, puesto que respecto de los hombres de color, así libres como esclavos, sobre ser mas severas las *penas* y mas instantáneo el castigo, existen otras circunstancias que mas adelante espresarémos.

Hemos dicho, y es la verdad, que la isla de Cuba está *muy despoblada; y no hay para convencerse de ello mas* que comparar su extension con el número de sus habitantes, y ver que existen sobre diez de estos por kilómetro; cálculo que es exacto tomando por base el total del territorio y el de habitantes; pero que dá muchos menos de los mismos en los campos, puesto que las poblaciones son las que contienen la mayor parte de los blancos, *siendo por el contrario infinitamente mayor la cifra* de los hombres de color que residen diseminados por los campos y entregados á las faenas de la agricultura á las *órdenes de grupos muy reducidos de europeos ó de naturales de Cuba*, originarios de Europa.

Otra causa existe además, que determina muchos de los incendios que en pocas horas destruyen todo un cañaveral, y es el descuido con que se encienden hogueras casi en la linde de los campos sembrados de esta planta, ó se arroja un cabo de tabaco en los mismos; y aun cuando para estos casos hay la prescripcion penal de 40 á 50 pesos de multa, el descuido sigue y los incendios no dejan de ser frecuentes por estas causas, que nada tienen de intencionales.

Para evitarlas en todo lo posible, previenen tambien las ordenanzas rurales de Cuba que no puedan sembrarse de caña las quince varas de terreno inmediato á las lindes ó á las vias de los ferro-carriles; pero la esperiencia ha demostrado que por los dueños de los ingenios no hay mucha escrupulosidad en el cumplimiento de dicha *disposicion y que es corta la distancia de quince varas* entre los cañaverales y las lineas férreas, puesto que no dejan de ocurrir cuestiones y litijios con motivo de incendios sobrevenidos por *efecto de las chispas* que arrojan las locomotoras al recorrer el trayecto comprendido entre los campos de caña.

Pero volvamos al objeto de este artículo, que es demos-



EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

VESTIDO DE PRIMAVERA.—Trage de tafetan violeta.—La enagua tiene un volante encañonado de 10 centímetros de alto, y sobre él corre una tira de terciopelo negro de 3 centímetros de ancho; este volante y su tira suben por el lado derecho describiendo una greca; en los ángulos interiores de esta greca hay colocados botones de terciopelo negro: mangas anchas, con vueltas formadas por una greca semejante á la de la enagua. Corpiño plano abotonado hasta la cintura.

TRAGE DE ALPACA GRIS.—Lo bajo de la enagua está adornado, en una altura de 20 centímetros, por losanges formados con cintas de terciopelo negro de 2 centímetros de ancho; en el centro de cada losange se coloca una cruz de ramas dobles, formada con terciopelo negro de un centímetro de ancho. Los losanges suben por delante de la enagua y del corpiño, disminuyendo de tamaño hácia el talle, y aumentando hácia lo alto del corpiño, que es plano y con cinturon. Mangas anchas con igual adorno.

© Biblioteca Nacional de España

trar algunos de los medios empleados por los dueños de las grandes fincas para evitar, dentro de sus propios recursos los incendios intencionales, repetidos todos los dias.

Uno de estos medios es el *guarda-candela*.

Como modelo, puede citarse entre otros, el que habia hace cinco ó seis años en el ingenio *Intrépido* de la propiedad del Sr. D. Miguel de Cárdenas y Chavez.

La entrada de esta posesion se hallaba defendida por una reja de hierro que servia de *talanquera*, de la cual arrancaba la *guarda-raya*, ó sea un ancho paseo á cuyos dos lados habia multitud de palmas reales, colocadas con simétrica igualdad.

A su extremo se encontraba un caprichoso palomar chinesco, de grande altura, en que se situaba un vigilante que tenia cuidado de avisar la aproximacion de gente sospechosa.

A este vijilante ó vijia, lo mismo que á la torrecilla en que se sitúa, es á lo que se llama *guarda-candela*.

Y la perpetracion de los incendios, como la de los robos de esclavos y ganados encuentra en Cuba un poderoso auxiliar indirecto en los mismos habitantes de los campos, porque temerosos estos de las venganzas, y represalias de los criminales, no los delatan, aun cuando los conozcan y sepan quienes son; y se limitan á apelar á todas las medidas previsoras que tienen á sus alcances, antes que una vez cometido el delito entregar á los delincuentes á las autoridades, ó poner á estas en el rastro, de modo que puedan aprenderlas.

Por desgracia, aunque esto suceda, y aun cuando la autoridad gubernativa, persiga á los vagos, la accion judicial se enerva ante la falta de prueba y la mayor parte de las causas termina por sobreseimiento. No de otra manera se esplica como para los muchos incendios intencionales y robos de esclavos y caballerías, cometidos por vagos, figuren en la estadistica criminal de Cuba de 1860, solo 186 causas por delito de vagancia.

Y que los incendios son muy frecuentes, nos lo dicen las correspondencias que se reciben de Cuba.

En una recientemente publicada, leemos los siguientes desconsoladores detalles.

El fuego, impulsado seguramente por manos perversas, estaba ocasionando terribles estragos en muchos puntos de la isla, pero con especialidad en las jurisdicciones de Cárdenas y Matanzas.

En el ingenio *San Juan Bautista*, conocido por *Wilson*, se ha repetido el incendio cuatro veces en muy poco tiempo, lo que induce á creer que algun malvado vela por su ruina; en el de *Concepcion*, propiedad de don José Yarini, entre Limonar y Coliseo, tambien se ha cebado el fuego de un modo espantoso, sin que se sepa la causa de tal siniestro; y en el *San Lorenzo*, partido de Santa Ana, propiedad de don José Luis Alfonso y los señores Verdonce y Almendro, incendióse en la noche del último domingo (mediados de Febrero) la casa de bagazo, amenazando con sus llamas horriblemente.

Hemos dicho antes que respecto de los negros y mulatos, libres ó esclavos, mediaban otras circunstancias y vamos á exponerlas.

Generalmente los esclavos que se fugan, y los cuales son conocidos con el nombre de *cimarrones*, procuran para prolongar su libertad, esconderse en lo mas enmarañado de los bosques vírgenes ó casi vírgenes que aun existen en Cuba; y merced á una inexplicable y misteriosa complicidad ó atraccion, se reunen á otros tambien cimarrones y logran *apalencarse*, ó sea hacer una especie de rancheria fortificada, en la cual se entregan á la vida salvage; resistiéndose cuando las tropas ú otra cualquier fuerza pública sorprende estos verdaderos aduares.

En ellos se refugian tambien los negros ó mulatos libres que han cometido algun delito y logrado sustraerse á la accion de la justicia.

Desde estos aduares, conocedores como son de la situacion de las fincas, hacen sus escursiones en alas del deseo de vengarse de sus amos y señores de quienes no han recibido sino beneficios y queman, roban y matan ganados y cometen todo género de excesos hasta que caen en poder de la autoridad ó de sus amos y sufren la pena á que se han hecho acreedores.

Estas irrupciones de salvajes semi-civilizados son las mas desastrosas para las fincas que invaden; y entre otros medios preventivos, el *guarda-candela* evita muchas veces tocando á somaten la campana del ingenio, el incendio de un cañaveral y quizá la muerte y la devastacion.

Madrid 17 Abril 1862.

José ORTEGA.

NOVELA.

EL NOBLE EN LA MISERIA.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(Conclusion.)

—Pero adivino tus dolores, no quiero ser mas tiempo para ti lo que es para mi la inexorable suerte. Sal, estás libre; que Dios te proteja. Corre á saborear anchamente las dos mayores felicidades de toda criatura viva, la libertad y el amor!... ¡Ah! ¡qué grito de júbilo y cómo abres las alas! ¡Adios, adios!

Leonor siguió con la vista al pájaro que subia hácia el cielo hendiendo los aires con la rapidez de una flecha.

Luego volvió á sentarse con una sonrisa de dulce satisfaccion, y se puso á trabajar con ahinco como antes.

Un cuarto de hora habia pasado, y Leonor alzando de repente la cabeza y prestando atencion, exclamó con voz alegre:

—Aqui llega mi padre... ¡Dios quiera que haya tenido suerte!

Y dejó su silla y se dirijió hácia la puerta.

El señor de Vlierbecke entró en el cuarto con un rollo de papel en la mano y se fué lentamente hácia una silla, donde se sentó con abatimiento.

Habia enflaquecido mucho; sus ojos se habian en cierto modo hundido en sus órbitas, sus mejillas estaban desencajadas, todo su semblante se hallaba alterado. Se conocia que una grave enfermedad habia debilitado á un tiempo en él las fuerzas del cuerpo y las del alma.

Estaba vestido pobremente. Sin embargo, se notaba que habia luchado largo tiempo para ocultar las huellas de su miseria, pues nadie habria podido descubrir en sus ropas ni una mancha ni un poco de polvo: pero el paño estaba rapado; aquí y allá se advertian remiendos mal disimulados, y además los vestidos le eran anchísimos despues de lo que habia adelgazado.

Leonor le contempló un instante con profunda afliccion.

—Padre mio, ¿os sentís otra vez indispuesto?

—No, hija mia, respondió, ¡pero tengo tanta desgracia!

—La jóven le abrazó tiernamente y le dijo estrechando su mano con cariño:

—Hace apenas ochos dias estábais enfermo en cama; hemos pedido al cielo vuestro restablecimiento como la mayor felicidad que podia darnos en el mundo, y Dios ha escuchado nuestras plegarias; estais sano, y hé aquí que al primer contratiempo os desesperais nuevamente. Nada habeis logrado hoy ¿no es verdad? Lo leo en vuestro rostro... Pues bien ¿qué importa? ¿eso nos impedirá ser dichosos? Animo, sepamos como otras veces, luchar contra el destino, seamos fuertes, que la miseria no nos acobarde; el valor es tambien una riquéza. Vamos, padre mio, olvidad vuestra pena, miradme, ¿estoy yo triste ¿Me dejo abatir yo por los pensamientos de desesperacion? Sí, yo he llorado y he sufrido porque os veia minado por la enfermedad... pero ahora estoy curada; ahora, suceda lo que quiera, vuestra hija dará gracias á Dios por su bondad.

El padre sonriéndose suavemente ante la animosa exaltacion de su hija, respondió con un suspiro:

—¡Pobre Leonor! ¡quiéres hacerte fuerte para consolarme! ¡Que el cielo te recompense por tanto amor! Sé de donde dimanan tus fuerzas, y sin embargo, ángel mio, tu palabra y tu sonrisa tienen tal influencia sobre mí, que me parece que una parte de tu alma penetra con ellas en la mia. Vuelvo con el corazon desgarrado, la cabeza perdida, loco de desesperacion, y tu mirada ha bastado para consolarme!...

—Vamos, padre mio, dijo la jóven interrumpiéndole y multiplicando sus caricias, contadme vuestras aventuras, y os diré despues una cosa que no dejará de alegraros.

—¡Ay! hija mia, he ido al colegio de Mr. Roncevaux para continuar mis lecciones de inglés, y durante mi enfermedad un inglés ha tomado mi puesto; hemos perdido lo mejor de todo lo que habiamos alcanzado.

—¿Y la leccion de aleman de la señorita Paulina?

—La señorita Paulina ha marchado á Estrasburgo para no volver. Ya ves, Leonor, que todo lo perdemos á un tiempo. ¿No tenia buenas razones para afligirme? Tú tambien deploras la noticia, lo conozco en tu palidez.

La jóven en efecto, bajaba los ojos y parecia hallarse consternada; pero las últimas palabras de su padre la hicieron volver en sí y respondió haciendo un esfuerzo para aparentar alegría:

—Pensaba en la pena que todo eso ha debido causaros y me habia conmovido; pero no obstante, tengo motivos para estar alegre; sí, padre mio, pues yo por mi parte os daré buenas noticias.

—¿De veras? Me sorprendes.

La jóven señalando su silla prosiguió diciendo:

—¿Veis este lienzo? Pues debo hacer con él una docena de camisas finas, y cuado las acabe me darán otras tantas. Me las pagan muy bien... y además sé una cosa mejor aun, pero que no es mas que una esperanza.

Leonor habia pronunciado estas palabras con una alegría tan viva y natural, que su padre sufriendo se sonrió de contento.

—Pero bien, explicate, hija mia.

La jóven sin querer perder tiempo se volvió á sentar y continuó trabajando. Se conocia que estaba satisfecha por haber triunfado de la tristeza de su padre, y respondió como en tono de broma:

—Nunca adivinariais, padre mio, quién me ha dado toda esa labor. Ha sido la señora rica que habita la casa de la esquina de esta calle. Me mandó á llamar esta mañana y he ido durante vuestra ausencia; os extraña, ¿no es verdad?

—En efecto, Leonor; ¿hablas de madama de Royan para quien te encargaron los cuellos? ¿Cómo te conoce?

—Lo ignoro; probablemente la maestra que me confió aquel difícil bordado la habrá dicho quién lo ha hecho. Hasta debe haber hablado de vuestra enfermedad y de nuestra pobreza, pues madama de Royan está bien enterada de lo que nos concierne.

—¡Dios mio! ¿Sabria acaso?...

—No, no sabe nada ni de nuestro nombre ni de nuestro pais...

—Continúa, Leonor, excitas mi curiosidad.

—Madama de Royan, me ha recibido muy afable, me ha dicho que la gustaban mucho mis bordados, y luego me ha hecho preguntas sobre nuestros pasados infortunios y me ha consolado. Cuando su doncella me entregó el lienzo, me dijo: «Ea, hija mia, trabajad con valor, y si sois siempre juiciosa, yo os protegeré. Tengo que mandar hacer muchas labores y podreis trabajar para mi sola durante dos meses; pero esto no es bastante, os voy á recomendar á mis numerosas relaciones, y cuidaré de que no os falte tarea para que podais poneros con vuestro padre al abrigo de la necesidad...» Yo, con lágrimas en los ojos tomé su mano y la di un beso. Ese noble y delicado modo de obrar que me daba no una limosna, sino trabajo, me habia conmovido profundamente. Madama de Royan leyó mi gratitud en mis ojos, y me dijo con mas benevolencia aun poniéndome una mano en el hombro: «Animo, hija mia; vendrá un tiempo en que tendreis que tomar oficialas para que os ayuden, y así se llega poco á poco á formar un obrador.» Hé ahí, lo que me ha dicho, sus palabras se han quedado bien grabadas en mi memoria.

Y abrazando de nuevo á su padre añadió con efusion:

—¿Qué decis ahora, padre mio? ¿no son estas buenas noticias? ¿Quién sabe? Oficiales, un obrador, un almacen, una criada... Vos para las cuentas y las compras... yo vigilando á las trabajadoras... ¡Oh! ¡Dios mio!... Es bien lisonjero el saber que debe uno la felicidad al trabajo de sus manos... Entonces, padre mio, se cumpliria vuestra promesa; entonces podriais pasar cómodamente vuestra vejez.

Habia en la sonrisa del señor de Vlierbecke tanta serenidad, que se conocia que se habia dejado fascinar por las palabras de su hija hasta el punto de olvidar por completo su situacion presente. Al cabo él mismo lo advirtió y dijo meneando la cabeza:

—¡Leonor, Leonor, cuán poco trabajo te cuesta seducirme! Como un niño he oido tus palabras y he creido firmemente en la felicidad que ellas nos prometen. Sea como quiera, debemos dar gracias á Dios... pero hablemos de cosas mas formales. El zapatero me ha vuelto á hablar de los alquileres; ¿no le debemos todavía veinte francos?

—Sí, le debemos veinte francos, y doce al tendero de comestibles, pero nada mas; en cuanto estén concluidas estas camisas daremos lo que podamos al zapatero y quedará contento; en la tienda aun nos darán fiado. He recibido dos francos y medio por mi última labor; ya veis, padre mio, que todavía somos ricos, y antes de un mes estaremos sin deudas. Ya estais bueno, en breve estareis tan fuerte como antes... viene el verano... todo se nos muestra favorable. ¡Ah! ¡volveremos á ser dichosos!

El señor de Vlierbecke parecia estar consolado.

—Yo tambien tengo un poco de trabajo, Leonor, dijo acercándose á la mesa y desatando el rollo de papel; el profesor Deisaux me ha dado á copiar algunas piezas de música para sus discípulos. En un par de dias siempre me ganaré cuatro francos. Ahora silencio, hija mia, estoy tan distraido, que al hablar echaria faltas y quizá estroperaria el papel.

—¿Tampoco puedo cantar, padre mio?

—¡Oh! sí, lejos de turbarme tu canto me regocija sin desviar mi atencion de lo que estoy haciendo.

El padre se puso á escribir, en tanto que Leonor con una voz suave y alegre repetia todas sus canciones y desahogaba su corazon con preciosas melodías. Al mismo tiempo cosia con mano ligera, y de cuando en cuando echaba una mirada á su padre espiando en sus facciones, para combatirle, todo pensamiento de tristeza.

Entrambos trabajaban así hacia largo rato, cuando Leonor oyó dar la hora en la iglesia parroquial.

Entonces dejó su labor, tomó un cestillo que estaba detrás de la estufa y se preparó á salir del cuarto.

El padre que habia observado estos preparativos preguntó con sorpresa:

—¿Ya, Leonor?

—Son las once y media, padre mio.

Sin hacer otra observacion, el señor de Vlierbecke continuó copiando música.

La jóven bajó la escalera con rapidez, y en breve estuvo de vuelta trayendo su cestillo lleno de patatas y otro objeto envuelto en un papel, pero que á su entrada en el cuarto escondió debajo del delantal.

Leonor limpió las patatas y las puso á la lumbre, arrimando tambien un pucherillo con un poco de manteca y mucho vinagre.

© Biblioteca Nacional de España

Hasta entonces el padre no habia interrumpido su tarea; veia diariamente preparar la comida, y era raro que apareciese jamás un manjar nuevo. Pero esta vez apenas estuvieron cocidas las patatas, se esparció un agradable olorsillo por el cuarto.

El señor de Vlierbecke miró á su hija con sorpresa, y dijo con un tono de reconvencion:

—¡Carne, un miércoles! Leonor, ya sabes que debemos hacer economías.

—¡Ah! padre mio, dijo Leonor sonriendo, no os enfadeis, el médico, lo ha ordenado.

—Ahora si que me engañas, ¿no es verdad?

—No; el doctor ha dicho que necesitabais comer carne tres veces por semana cuando menos; asi os restablecereis *completamente, padre mio.*

—¿Y nuestras deudas atrasadas, Leonor?

—Yo me cuido de todo, padre mio; cada cual quedará satisfecho y contento. No os inquieteis mas, respondo de todo. Y ahora, hacedme el favor de quitar vuestros papeles para que pueda yo poner la mesa.

El padre meneando la cabeza hizo lo que Leonor le pedia.

La jóven extendió sobre la mesa un menguado mantel blanco como la nieve, y puso encima dos platos y la fuente de patatas.

Todo allí era humilde y vulgar; pero todo estaba tan limpio y tan bien dispuesto, que el manjar mas modesto habria sido apetitoso hasta para un rico.

El padre y la hija se sentaron y cruzaron las manos é inclinaron la frente *para dar gracias á* Dios porque no les faltaba el alimento cotidiano.

Su oracion subia aun hácia el cielo como un suave murmullo, cuando de repente se oyó un ruido de voces en la escalera.

Leonor, sobrecojida de un violento temblor, interrumpió súbitamente su plegaria. Con los ojos abiertos y adelantando la cabeza hácia la puerta, escuchaba una *cosa que le parecie inexplicable* é imposible, y que sin embargo la asustaba extremadamente.

El padre alarmado al ver la extraña emocion de su hija, la miraba como si hubiese querido preguntarla la causa de aquella turbacion; pero Leonor le hizo una señal con la mano para imponerle silencio.

Nuevas exclamaciones resonaron mas cerca.

Leonor reconoció el acento de aquella voz, y ligera como una flecha se lanzó de un salto hácia la puerta, la cerró y se quedó empujándola con las manos para impedir que entraran.

—Hija mia, por el amor de Dios ¿qué es lo que temes? exclamó el padre espantado.

—Gustavo! Gustavo! dijo la jóven estremeciéndose; está ahí... Oh! quitad esa miserable mesa... él es el único *que no debe notar nuestra situacion.*

El rostro del señor de Vlierbecke se oscureció; levantó la cabeza con orgullo, y su mirada tomó una expresion severa.

Adelantándose en silencio hácia la puerta separó á su hija que huyó á la extremidad del cuarto con la frente ruborizada de vergüenza.

La puerta se abrió con presteza; un jóven se precipitó en el cuarto radiante de alegria, y corrió con los brazos abiertos hácia la jóven pronunciando el nombre de Leonor junto con palabras ininteligibles.

Sin duda en su ciego trasporte habria estrechado en sus brazos á Leonor, pero la austera mirada y el ademan del padre le contuvieron.

Al detenerse echó una mirada de sorpresa por el aposento y observó la triste comida y los miserables vestidos del anciano y de la jóven. Este exámen debió afectarle mucho, pues se llevó convulsivamente las manos á los ojos y exclamó con desesperacion:

—¡Dios mio! ¡De este modo vive!

Pero no permaneció largo tiempo bajo el peso de esta amarga reflexion; de nuevo se lanzó hácia la jóven, se apoderó de sus dos manos que estrechó fuertemente entre *la suyas y la dijo:*

—¡Oh! ¡Leonor, mi amada Leonor, mírame; que sepa yo si tu corazon ha conservado el recuerdo de nuestro cariño!

La jóven respondió con una mirada conmovida, una mirada en que se revelaba toda su alma purísima y tierna.

—¡Oh! felicidad, exclamó Gustavo con entusiasmo, ¡encuentro á mi amada como la dejé!... Ahora nadie podrá arrebatarme mi bien y mi ventura... ¡Leonor, recibe el beso de nuestros desposorios!

Y extendió los brazos hácia ella; Leonor, trémula de angustia y de felicidad al mismo tiempo, permaneció inmóvil, encarnada como la grana y con la vista baja como si hubiese esperado aquel beso solemne; pero an*tes de que el jóven hubiese tenido tiempo de ceder á la* pasion que le arrastraba, el señor de Vlierbecke se interponia á impedir la realizacion de su propósito.

—M. Denecker, dijo con una voz severa y conmovida el padre de Leonor, moderad vuestra alegria... Sin duda alguna celebramos mucho volveros á ver... pero ni vos ni nosotros debemos olvidar lo que somos... respetad nuestra indigencia...

—¡Qué decis? exclamó Gustavo. ¿Lo que sois?... ¡Sois mi amigo, mi padre!... Leonor será mi esposa... ¡Cielos! ¿por qué esa mirada severa?... Mi juicio se extravía...

Y tomando de nuevo la mano de Leonor la llevó hácia su padre y dijo con voz precipitada:

—Escuchadme... Mi tio ha muerto en Italia y me ha dejado por heredero universal, ordenándome en su lecho de muerte que me case con Leonor... he revuelto cielo y tierra para encontraros, he padecido y llorado largo tiempo lejos de mi amada, y al fin he tenido la suerte de descubriros. Ahora os diré que vengo á pediros la recompensa de mis padecimientos, que mi fortuna, mi corazon, mi vida, todo está á vuestros piés, y que lo único que imploro en recompensa es la mano de Leonor... ¡Oh! padre mio, concedédmela... Venid, el Grinselhof os espera, le he comprado para voz y está como en otros tiempos mas felices; los retratos de vuestros antepasados ocupan sus antiguos puestos, todos los objetos que os eran gratos han vuelto á vuestra casa. Venid, quiero rodear vuestra vejez de una respetuosa veneracion, quiero haceros dichoso, muy dichoso... Amo con delirio á vuestra hija...

La expresion del rostro del señor de Vlierbecke no habia cambiado; únicamente sus ojos se iban humedeciendo.

—¡Ah! *exclamó Gustavo mas exaltado á cada instante,* nada en el mundo puede ya quitarme mi Leonor... ni el poder de un padre... ¡Dios me la ha dado!

Y cayó de rodillas delante del señor de Vlierbecke y alzó hácia él sus manos suplicantes murmurando:

—¡Oh, no, no querreis darme un golpe mortal!... padre mio, en nombre de Dios, bendecidme... ¡vuestra frialdad me mata!

El señor de Vlierbecke parecia haber olvidado algo, y tenia los ojos clavados en el cielo como si hubiese dirijido á Dios una ardiente plegaria.

Por fin se oyó su voz que decia mientras sus ojos vertian lágrimas abrasadoras:

—¡Margarita! ¡Margarita! regocíjate en el seno de Dios; ¡mi promesa está cumplida, tu hija será dichosa!

Gustavo y Leonor trémulos de esperanza clavaban sus miradas en él hasta que levantando al jóven y estrechándole en sus brazos con efusion, le dijo:

—¡Gustavo! hijo, que el cielo bendiga tu amor! Haz á mi hija dichosa, te concedo su mano.

—¡Gustavo! exclamó la jóven arrojándose al mismo tiempo en los brazos del jóven y de su padre y estrechándolos á la vez.

Y el primer beso de amor, el beso sagrado de los desposorios fué dado y recibido en el seno de aquel feliz padre que derramaba las mas dulces lágrimas sobre la cabeza de sus hijos prosternados...

Y ahora, mis *queridas* lectoras, debo advertiros que prr ciertas razones os he ocultado la situacion y el verdadero nombre del palacio de las señores de Vlierbecke. Por consiguiente, ninguno de vosotros sabrá dónde habita Gustavo con su amada Leonor.

Por lo que á mi toca, puedo decir que he visto y conozco á los señores Denecker, y que me he paseado á menudo en derredor del Grinselhof con sus dos lindos niños y con su abuelo el señor de Vlierbecke.

Aun subsiste profundamente grabado en mi memoria el precioso cuadro de felicidad doméstica, de paz y de amor, que me ha sido dado contemplar á veces cuando el anciano noble sentado en un banco del jardin, trataba ya de hacer comprender á los dos angelitos cansados de jugar, las grandes fuerzas que obran en la naturaleza, cuando Adelina se subia sobre sus rodillas para hacerle fiestas en el rostro, y el revoltoso Isidoro cabalgaba locamente sobre su pierna, en tanto que Gustavo Denecker y su mujer se estrechaban la mano en silencio y contemplaban con un gozo indecible la felicidad del abuelo y los juegos de los niños...

No os diré tampoco quién me ha contado esta historia; lo único que puedo decir, es que conozco perfectamente *á todas las personas que figuran en ella,* y que mas de una vez me he sentado á la mesa de Juan el labrador, con la mujer Beth y la criada Catalina, que saben dónde tienen la lengua, sobre todo para hablar bien de sus bienhechores.

FIN.

ROSA DEROY.

HISTORIA VALONA.

(Continuacion.)

Rosa saltó á su vez una estrepitosa carcajada. En seguida continuó diciendo:

—Catalina, si en efecto llegase á casarme y á tener una hija, teniendo en consideracion tus tan anticipados deseos, se la concedo desde luego al hijo que todavía no tienes.

—¿Mientras tanto, mi querida Rosa, serás tú su madrina?

—¡Cuán buena eras por haber pensado en mí! Nada en el mundo pudiera lisongearme mas.

—Corriente tú escojerás el padrino.

—¿El padrino? dijo Rosa pensativa. ¿Quién podrá ser el padrino.

—¿Qué diria la reina de las flores de Pedro Kepenne? contestó á media voz Catalina.

—Ah! exclamó Rosa sonrojándose; si has contado con él te has engañado mucho: antes renunciaria á ser la madrina.

—No te enfades por eso, puesto que eres muy dueña de elegir á quien quieras.

—Pues bien, no hay que hablar de Pedro, dijo Rosa con aire desdeñoso: no será él el padrino si yo he de ser la madrina.

—Eso es cuenta tuya, replicó Catalina, sonriéndose del calor con que Rosa le desdeñaba, lo que hacia sospechar á la jóven madre que algo de despecho se mezclaba á aquel afectado menosprecio. Y pasando su brazo por debajo del de su amiga, la condujo al jardin, donde los caballeros continuaban su paseo.

La cena fué alegre. Rosa desplegó en ella una gracia, una vivacidad encantadoras. Ella se habia escedido á sí misma en la perfeccion de algunas golosinas que se sirvieron en los postres, y por ello recibió muchos plácemes que la pusieron de muy buen humor.

Mr. Deroy que ya sabia la peticion hecha á Rosa por Catalina y su esposo respecto al hijo que esperaban, habló de ello en la cena.

—La educacion de un alma inmortal, observó Pedro, es un cargo que los ángeles mismos temblarian al aceptarlo, y sin embargo los mas de los humanos le toman sobre sus hombros *con la mas chocante, con la mas culpable* indiferencia. Solo una mujer verdaderamente cristiana es la que puede no ser inferior á esta mision, porque la mujer verdaderamente cristiana posee una pureza que no desdeñarian los ángeles. ¡Pero cuántas familias no consultan, para contraer esta alianza santa, sino sus intereses mundanos y su vanidad!

Jamás Rosa habia considerado los deberes de una madrina bajo un punto de vista tan solemne, tan sério. Estas palabras de Pedro la impresionaron con gran fuerza, y con una voz casi trémula dijo que esperaba le diese Dios la gracia necesaria para llenar todas las obligaciones que iba á imponerle el título de madrina.

—Mr. Madame Spee han rehusado este cargo, dijo Mr. Deroy. Piensan que les quedan harto pocos dias de vida *para empresa semejante; pero rogaban á Dios con fervor* para que dirijiese la eleccion de los parientes espirituales que Miguel y Catalina iban á dar á su hijo.

—Y Dios ha oido sus ruegos, Rosa, dijo Pedro; puesto que mis amigos han acudido á vos. Pero, ¿y el padrino? ¿Teneis ya padrino?

—Aun nó, replicó el buen profesor.

Hubo un momento de silencio: Chabardeze fué el que lo rompió.

—Segun lo que nos habeis dicho, Pedro, no os cargariais á la lijera con semejante responsabilidad.

Rosa escuchó con curiosidad la respuesta que iba á dar el jóven.

—No ciertamente, amigo mio; y sobre todo, añadió con sonrisa, si habia de ser padrino con la señorita Deroy.

—¿Lo deci: de veras? dijo Rosa picada.

—Muy de veras, añadió Pedro riendo siempre.

—Por fortuna, replicó la jóven con un aire despreciativo que desmentia la emocion de su voz y las lágrimas que de su corazon subian á sus ojos, por fortuna nadie os lo ruega.

—Sé, muy bien Rosa, dijo con dulzura Pedro, y mirándola afectuosamente; sé muy bien que no me quereis *por compadre, y me permito felicitarme por ello.*

—Para que vuestra satisfaccion sea completa, replicó la jóven ofendida, voy á rogar á mi buen amigo Chabardeze de que sea conmigo el padrino del hijo de Catalina!

—No podeis hacer mejor eleccion, dijo con seriedad Pedro.

Mr. Deroy se sonreia durante esta escena. En cuanto al inválido, cuando oyó que por la reina de las flores se le ofrecia el título de padrino, un relámpago de alegria brilló en sus ojos, despues su rostro se veló con una expresion de tristeza, y sin responder, inclinó la cabeza sobre su pecho.

—Y bien, mi buen amigo, dijo Rosa, admirada del silencio del inválido, ¿me rehusais?

—Oh! nó, nó, Rosa; pensaba solo en la muerte de las dos mariposas que hace cinco años no pudisteis salvar; pero me tengo por muy feliz, sí, por muy feliz con que me hayais escojido por compadre.

Dicho esto, pasaron á la sala.

Pedro habia traido su violin. Para complacer á sus amigos tocó varias melodias de su ópera. Los dos ancianos estaban absortos, y Balbina misma, atraida por aquella deliciosa música, corrió á la sala sin quitarse el delantal de cocina.

Solamente Rosa no se abandonaba al encanto del jóven compositor. Su corazon rebosaba despecho: por la primera vez osaba resistirlo, por la primera vez trataba de agradar sin poder conseguirlo. Mr. Deroy queria que su hija cantase. Tenia una encantadora voz, y aunque no habia hecho estudios músicos, cantaba con exquisito gusto. Pedro le propuso acompañarla con el violin; pero ella rehusó, pretestando que no estaba en voz. En vano su padre y Chabardeze le rogaron; ella no quiso prestarse en manera alguna, y Pedro, que sufria por ella á causa de la insistencia con que se pretendia hiciese lo que parecia desagradarle tanto, se unió caritativamente á Rosa para suplicar á Mr. Deroy y al inválido que no la contrariasen *mas. Este fué el último golpe,* y si Rosa se hubiese atrevido, le habria arrancado los ojos por su inoportuna intervencion.

Algunos dias despues, Rosa tuvo otro motivo de queja contra Pedro. Al llegar á los Fresnos, encontró á esta ocupada en preparar algunas galas para el dia del bautismo. Conversó largo tiempo con sus viejos amigos acerca de sus proyectos y de su porvenir, y les notició que acababa de ser nombrado primer violin *del teatro de* Lieja. Ellos le felicitaron muy cordialmente, porque con el producto de esta colocacion y con algunas lecciones, podria vivir y trabajar con comodidad.

Rosa no habló una palabra, y Pedro tampoco se la dirijió ni una sola vez. En medio de su cólera, la jóven arrugó las cintas, la gasa y las flores, y las arrojó lejos de sí.

—¡Pobres flores! dijo Pedro con aire burlon.

—Ah! replicó Chabardeze con sencillez, no importa, son flores artificiales.

© Biblioteca Nacional de España

Pedro conservó durante algunos instantes su irónica sonrisa; despues, volviendo friamente los ojos, siguió hablando con Mr. Deroy, sin ocuparse mas de la jóven. No pudiendo sufrir mas, Rosa pretestó un dolor de cabeza y se retiró á su cuarto, despues de haber saludado apresuradamente. ¡Cuán odioso hallaba á Pedro! ¡con qué afectacion de indiferencia la trataba! Nada de cumplidos, nada de galanteria, nada que pareciese anunciar turbacion en su alma, emocion la mas pequeña. Y sin embargo, en la cabaña de Lisbeth le he visto enternecido; ha podido adivinar todo su poder sobre aquella razon austera, sobre aquel corazon impasible, sobre aquel carácter altivo y resuelto. ¿Qué ha sucedido despues? ¿Qué es lo que ha pasado? ¡Oh, aquella cantante! ella es sin duda la que le arrebata el placer de este glorioso triunfo, el sólo á que Rosa daba precio. ¡Cuán desgraciada se sentia! Jamás hubiera creido que un desden hiciera sufrir tanto. ¡Oh Dios! ¡El desden!... Y qué, ella, ella, Rosa Deroy se veia desdeñada!... A esta cruel reflexion el dolor, el despecho, y quizá otro sentimiento de que no se daba cuenta á si misma, y que era sin embargo harto mas honroso que los otros, le hicieron experimentar tal opresion de corazon que, si no hubiese sobrevenido para aliviarla un diluvio de lágrimas, no sabemos lo que habria sido de nuestra pobre reina de las flores.

(Se continuará.)

LAS CORRIDAS DE TOROS.

La horrible muerte del torero PEPETE, verificada poco ha en la plaza misma de Madrid, ha levantado un clamor en la prensa contra estos sangrientos y atroces espectáculos; pero este clamor no ha sido *tan unánime, tan nacido de lo intimo del alma, que* haya dejado de haber escritores, que hasta cierto punto, y de cierta manera pretendan atenuar el efecto terrible que semejante acontecimiento ha producido en España entera. Sin embargo, tal es la fuerza de la razon, tan respetable es el sentimiento público que se subleva contra la brutalidad de esas luchas, que nadie se ha atrevido á constituirse en paladin descubierto de las corridas de toros, y el que mas solo osa *capear* la cuestion, presentando el trapo y no el bulto. Así pues todos convienen á priori en que los tales espectáculos son *bárbaros*, pero á vueltas de eso nos dicen que otros han existido y que otros existen aun tan bárbaros como aquellos, lo cual es una razon convincente si las hay.

Dícennos además que hay buzos que se ahogan pescando perlas, que en la preparacion de los colores se desprenden á veces sustancias nocivas que hacen enfermar á los que en ello se ejercitan, que los carruages atropellan á las gentes que van á pié, que ha habido bailarinas á las que se han incendiado sus vestidos de gasa, y que no faltan acróbatas que mueren reventados, de donde se deduce que es asunto que no merece tanta alharaca el que haya un modo mas de morir. La consecuencia, dado caso de que fuera lógica, es atrocísima como ella sola.

Ocupémonos sin embargo de estos argumentos.

Que en el mundo hay muchas cosas que enmendar, eso es cosa que todos sabemos. A eso han tendido siempre las leyes de todos los pueblos, á eso han consagrado sus plumas los escritores de corazon y de conciencia; para lograr la reforma de ciertas costumbres se ha alzado siempre la autorizada voz de la Iglesia. Este es el trabajo de los siglos y de la verdadera civilizacion. No es, por tanto, la obra de un dia, porque una costumbre arraigada en un pueblo no puede arrancarse de cuajo, pero se la debilita con el poder de la palabra, y llega un momento en el cual ya es hacedero lo que antes *parecia tan difícil: ¿pero qué diriamos de una civi*lizacion que, confesando que una cosa es mala, la disculpa y la tolera por la sola razon de que hay otras malas tambien? ¿Qué medio habria de reformar nada si se admitiese el principio de que hay que reformar todo á la vez, ó que de nó, hay que dejarlo todo como está?

Por lo demás, los vergonzantes defensores de las corridas de toros han andado excesivamente parcos en la enumeracion de las calamidades que afligen, no solo á la especie humana, sino hasta á los animales domésticos, por resultas del estado social; y es lástima, porque eso los habria llevado á consecuencias muy curiosas. El pescado que se sirve en sus mesas hace centenares de víctimas cada año entre los que se dedican á este arriesgado género de vida; el café, el azúcar y el tabaco de que hacen uso, ha hecho *perder la libertad á millares* de millares de sus semejantes, de los cuales muchos perecen bajo la dura presion de la esclavitud; los trabajos del gabinete son orígen de mil enfermedades que aniquilan al hombre; el laboreo de las minas hace perecer á centenares de hombres; lo propio sucede *en las construcciones de arquitectura*, y *mucho mas* en la navegacion, madre del comercio. Consecuencia, segun la especialísima lógica de tales escritores: «cuando desterremos los collares de perlas, y todos andemos á pié, y las bailarinas no lleven trages de gasa, y no fumemos tabaco, y no comamos sino patatas, y no leamos libros ni periódicos, y habitemos en chozas de ramage, y nos vistamos poco mas ó menos como nuesto padre Adan, entonces suprimiremos las corridas de toros; porque en rigor las desgracias que ellas producen no son mas nume*rosas que las que todas las cosas ya mencionadas* ocasionan, y no han de ser las unas de peor condicion que las otras».

Que el riesgo es inherente á la naturaleza humana, que no hay profesion, puede dec rse, cuyo ejercicio no esponga á daños y desgracias, es cosa que no hay para qué se nos diga como peregrina ni nueva: el albañil, por ejemplo, que cae de un andamio ó que perece en un hundimiento, acepta esta contingencia, cuando se dedica á semejante oficio, pero no se sube á aquel andamio por divertir al público, sino porque la sociedad exige que los hombres vivan en casas, y es preciso que las casas se labren: su trabajo, sus riesgos, tienen un objeto, un resultado, el de la utilidad comun; ¿pero qué utilidad comun resulta de las corridas de toros? La destruccion de millares de millares de animales, cada *uno de los cuales duplicaria por lo menos con su* trabajo los medios de subsistencia de una familia pobre; la desmoralizacion del pueblo, al que se le hace sanguinario con los hábitos de esas escenas de sangre, y la depravacion de las costumbres públicas con esas espantosas orgías, que preceden, acompañan y siguen á esta clase de espectáculos, y que son tan inherentes á ellos como la sombra al cuerpo.

Hay riesgo en todo, nos dice muy formal y con pretensiones muy filosóficas un articulista de periódico, y para ello nos presenta ejemplos, de que ya nos hicimos cargo, entre los cuales hay muchos notabilísimos por su nimia futilidad. ¿Pero hay quien de buena fé crea á sus lectores tan cándidos que equiparen el remotísimo riesgo que corre una bailarina de que arda la gasa de su trage con el inminente peligro de un torero en la plaza? ¿Es lo mismo *hacer una pirueta que matar á un toro?* ¡A qué argucias conduce la defensa de una mala causa!

Pero se dá como razon sin réplica la siguiente: «El hombre es esencialmedte cruel y necesita sensaciones horrorosas». ¿Y entonces, decimos nosotros, á qué la civilizacion? Déjesele entregado á sus instintos de ferocidad, y no se trate de corregirlos, no se le diga, no se le predique que debe ser humano, que debe dulcificar sus costumbres. No encomiemos, no admiremos la legislacion de ciertos pueblos que imponen penas al que atormente, al que maltrate á un animal; porque hay contradiccion muy grande entre aceptar como buenos aquellos principios y admitir como buenas las corridas de toros. Volvamos pues á los tiempos del circo romano, arrójense á las fieras seres humanos, vea el pueblo al tigre devorar las palpitantes entrañas de las victimas, *que son hombres como nosotros, y digámosle á ese* pueblo: «La crueldad es una esencia de tu naturaleza, y pues el hombre se complace en la sangre, ahí tienes sangre de hombres; gózate en ella. Nuestra mision de escritores no es la de civilizarte, no es la de mejorar tus costumbres, sino la de abogar porque te se den diversiones de tu gusto». Pues eso es ni mas ni menos lo que se hace por algunos escritores de este siglo de cultura, de ilustracion.

Se habla de torneos, pero además de que los torneos cayeron en mucha parte por el carácter sanguinario que á veces tomaron, hay que tener en cuenta lo diverso de sus tendencias. El torneo era una escuela de la guerra; los justadores hacian muestra en ellos de su fuerza, de su destreza en las armas, y se habian ejercitado préviamente para ser grandes guerreros. Ahora bien, ¿qué ardid de guerra en*seña una suerte de capa? ¿Cómo se* utiliza en lid contra el enemigo una estocada á volapié ¿Es acaso una cuadrilla de toreros un plantel de soldados?

En un torneo siquiera todo era grande, todo noble, todo magnífico; nada habia de repugnante ni de asqueroso. Allí no se veia á los caballos pisarse sus propias entrañas y salpicar con su inmundicia la frente de los espectadores; porque el que heria á un caballo era reputado villano. Allí las damas eran las reinas de la fiesta, cuando en una corrida de toros van á oir expresiones soeces y obscenas, que harian ruborizar aun á las vestales de la Mirandilla. Esta es la diferencia.

Los límites de este artículo no nos permiten estendernos mas; es lástima, porque habria tela todavía para rato. Concluimos pues, recomendando á los defensores de los toros nos digan algo de la re*ciente cogida del banderillero Lillo en la plaza de* Sevilla. Tres heridas graves, dos huesos rotos, un pié dislocado! No se quejarán de la diversion los aficionados al *arte*.

Ahora nos dicen estos, para conjurar la tormenta que se ha levantado, que se piensa en reglamentar el espectáculo de modo que el peligro se disminuya considerablemente. Creemos que el primer artículo de este reglamento debe ser el que los toros no tengan cuernos. De otra manera no vemos solucion posible al asunto.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

Trage de novia.—Vestido para por la mañana. Trage de tafetan blanco. La enagua, en un espacio de unos 45 centimetros, está guarnecida con volantes de tafetan, cada uno de 4 centimetros de ancho, dispuestos un poco al sesgo, es decir, que cada uno de estos volantes tiene 67 centimetros de largo antes de fruncirse y cosido á la enagua. Un plegado encañonado de tafetan blanco rodea *estos volantes; por tanto se pone encima* y *debajo de* ellos. El corpiño es montante, abotonado, guarnecido junto á los botones con un volante estrecho (2 centimetros de ancho). El cinturon, de largos cabos redondeados, se ata atrás. El ramillete se pasa por el cinturon en la parte de delante del corpiño. Las mangas son de vueltas, guarnecidas con un plegado y volantes atravesados. Mangas de debajo de muselina y entredos de guipure, guarnecidas de encage. Cuello pequeño de encage.

Vestido de tarde. El mismo trage, pero con corpiño escotado.

Vestido de niña de 10 años.—Trage de tafetan (ó barege) azul con cuadros blancos. La enagua *está guarne*cida con dos escarolados de tafetan azul liso, dispuesto en ondas. Corpiño suizo igual al trage, con punta por arriba, guarnecido con un plegado azul; tirantes compuestos de un plegado y de un lazo guarnecido de rizados. Corpiño blanco plegado, mangas iguales y largas.

EL SALTO DEL CABALLO.

li	en	blan	vien	to	ros	el	son.
ca	do	ras	mor,	de	Y	pas	cla
él	bres	tram	una	ojos	que	les	sol;
se	y	ha	ale	a	na	dos	dos
de	de	cion,	bas	bella	que	la	so
ru	li	gre	cen	re	no	ran	con
la	añ	del	mas	á	lor,	dos	otra
bres	bia	bur	co	tira	mo	dos.	E

Principia en la 8.ª casilla de la 8.ª fila, y concluye en la de su izquierda.

Solucion al geroglifico del número anterior.

La mujer es uno de los seres mas necesario á la vida del hombre.

ADVERTENCIA.

Llamamos la atencion de nuestros favorecedores hácia la mejora importantísima que hacemos desde este número y que forma, en la cubierta, una nueva seccion de nuestro periódico, donde hallarán cabida anuncios útiles, novelas, composiciones en verso y artículos sueltos de pura amenidad.

Nada mas dirémos en su abono, porque la simple lectura de esta seccion dirá por si misma harto mas de lo que pudiéramos nosotros hacerla valer con nuestras palabras.

No se venden números sueltos.

Se suscribe en la Administracion general, calle de la Bomba, n. 1.

Los pedidos se dirigirán al Administrador
D. FEDERICO JOLY Y VELASCO—CADIZ.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1862.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA.
Bomba n. 1.

© Biblioteca Nacional de España